se fuese, y pensar que se pasarían muchos días, muchas noches, sin poder ni siquiera verse.

Pedro, con el corazón perdido en la evoccaión de este tormento de la carne, repitió:

—¡Pobre mujer!

—Y, señor abate,—continuó ella—piense usted en el infierno en que voy á entrar de nuevo. Durante semanas, durante meses, se cierra mi cielo y vivo mi martirio sin exhalar una queja. Una vez más he acabado de ser dichosa para un año. ¡Dios mío! tres pobres días, tre pobres noches al año, ¿no es para volverme loca en mi violencia por gozarlos, y mi paciencia en esperar que vuelvan? Soy muy desdichada, señor abate. ¿No cree usted á pesar de todo que soy una mujer honrada?

Pedro estaba profundamente conmovido por este gran arrebato, por este fuego de pasión y de sincero dolor. Sentía allí el soplo del deseo universal, una llama soberana que lo purificaba todo. Desbordóse su piedad y fué indulgente.

—Señora, la compadezco y la respecto á usted infinitamente.

Entonces ella no habló más. Le miró con sus grandes ojos, velados por las lágrimas; y después, con un brusco apretón, le asió las manos y las tuvo cogidas entre sus ardientes dedos. Luego partió, desapareció en el fondo del corredor con su ligereza de sombra.

Pero cuando no estuvo ya allí, Pedro sufrió más que con su presencia, y abrió completamente la ventana para arrojar el olor de amor que aquella mujer había dejado. Ya el domingo, cuando observó que en el cuarto vecino vivía oculta una mujer, sintió este terror público, diciéndose que era la revancha de la carne en medio de la exaltación mística de Lourdes la inmaculada.

Y ahora, volvía este espanto; comprendía el poder, la invencible voluntad de la vida que quiere ser.

El amor era más fuerte que la fe; tal vez no había allí nada divino sino la posesión. Amarse, pertenecerse, á pesar de todo, ¿no era ese el único fin de la naturaleza, aparte de las reglas sociales y religiosas?

Por un instante, tuvo conciencia del abismo: su castidad era su último sostén, la dignidad misma de su frustrada existencia de sacerdote incrédulo. Comprendía que después de haber cedido á su razón, estaba perdido si cedía á su carne. Todo su orgullo de pureza, toda su fuerza, que había puesto en su honestidad profesional, volvió á él; y se juró de nuevo no ser hombre, puesto que voluntariamente se había suprimido del número de ellos.

Dieron las siete. Pedro no volvió á acostarse; se lavó mucho, sintiéndose dichoso con esta agua fresca que acababa de calmar su fiebre. Cuando concluía de arreglarse, volvió á su pensamiento el ansioso recuerdo del señor de Guersaint, al escuchar ruído de pasos en el corredor.

Se detuvieron ante su puerta, llamaron; Pedro fué á abrir, aliviado, y dió un grito de viva sorpresa.

¡Cómo! ¿es usted? ¡Ya levantada, recorriendo las calles y subiendo á ver á las gentes!

María estaba de pie sobre el umbral, sonriendo. De ella, sor trás de Jacinta que la acompañaba, sonreía también con sus hermosos y cándidos ojos.

—¡Ah, amigo mío!—dijo la joven;—no he podido seguir acostada. En cuanto ví el sol, salté del lecho; ¡tenía tanta necesidad de andar, de correr, de saltar como un niño!... Y tanto he hecho, tanto he suplicado, que mi hermana ha sido bastante amable para salir conmigo. Creo que me habría ido por la ventana si me hubiesen cerrado la puerta.

Pedro las hizo entrar; una indecible emoción le oprimía la garganta oyéndola bromear tan alegremente, viéndola moverse con facilidad, tan viva, tan graciosa. ¡Ella, Dios mío, ella, á la que había visto años enteros con las piernas muertas y el rostro de color plomizo!

Desde que la dejó la víspera en la Basílica se había desarrollado en juventud y belleza. Una noche bastó para que encontrase crecida á la querida y tierna criatura, á la soberbia niña, brillante, que tan locamente había abrazado en otros tiempos detrás del florido seto, bajo los árboles asaeteados por el sol.

—¡Qué interesante, qué bella está usted, María!—dijo sin poderse contener.

Entonces intervino sor Jacinta.

—¿Verdad, señor abate, que la Santa Vírgen ha hecho bien las cosas? Cuando ella interviene, ya lo ve usted, se sale de sus manos fresca como una rosa y oliendo bien.

—¡Ah!—repitió la joven;—soy muy feliz; me siento muy fuerte, muy sana, muy blanca, como si acabase de nacer.

Pedro la escuchaba con deleite. Le parecía que lo que aún quedaba allí del hálito esparcido por la señora Volmar se disipaba, era purificado. María llenaba el cuarto con su candor, con su perfume, con el brillo de su inocente juventud. Y, sin embargo, esta alegría de la belleza pura, de la vida que reflorecía, no pasaba por él sin una gran tristeza. En el fondo, la revolución que había tenido en la cripta, la herida de su frustrada existencia, debía dejar su corazón sangrando incesantemente.

¡Tanta gracia resucitada; la mujer adorada que renacía en flor y por entero! Y él jamás conocería la posesión; estaba fuera del mundo, en el sepulcro. Pero no sollozaba más; experimentabe una melancolía sin límites, un inmenso aniquilamiento al decirse que estaba muerto, que esta aurora de mujer se alzaba sobre la tumba donde dormía su virilidad. Era la renuncia aceptada, querida, en la grandeza desolada de las existencias fuera de la naturaleza.

Igual que la otra, la apasionada, tomó María las manos de Pedro.

Pero, sus pequeñas manos ¡eran tan dulces, tan frescas, tan consoladoras! Ella le miraba algo confusa, con un gran deseo que no se atrevía á formular. Después, valientemente:

—Pedro, ¿quiére usted darme un beso? ¡Me alegrará tanto!

Pedro tembló con el corazón deshecho por una extrema tortura. ¡Ah, los besos de antes, los besos cuyo gusto había guardado siempre en sus labios! Desde entonces nunca más la había besado, y hoy era una hermana la que saltaba á su cuello. María le besó estrepitosamente en los dos carrillos, tendiéndole los suyos, exigiéndole que saldase su cuenta. El, á su vez, la besó dos veces.

—Yo tambien, se lo juro á usted; María, estoy contento, muy contento.

Y, herido por tan viva emoción, sin valor ya, dominado al mismo tiempo por una sensación de dulzura y de amargura, estalló en sollozos; lloró tapando su rostro entre las manos, como un niño que quiere ocultar sus lágrimas.

—Vamos, vamos, no nos vayamos á enternecer demasiado—repitió alegremente sor Jacinta.—El señor abate sería muy orgulloso si creyese que hemos venido solamente por él... El señor de Guersaint está ahí, ¿no es cierto?

Entonces Pedro tuvo que contar que el señor de Guersaint no había regresado de su excursión á Gararnie. Descubría su creciente inquietud, aunque se esforzaba por explicar el retraso, inventando obstáculos, complicaciones imprevistas. Por otra parte, la joven no se asustaba casi, se reía diciendo que su padre no había podido ser exacto jamás. ¡Tenía, sin embargo, una impaciencia tan grande de que la viese andar, de que la encontrase de pie, resucitada, en su floreciente juventud!

Sor Jacinta, que fué á inclinarse sobre el balcón, volvió al cuarto, diciendo:

—Hele aquí... Abajo está, apeándose del coche.

—¡Ah! Usted no sabe nada—exclamó María con la alegre vivacidad de un colegial.—Es preciso darle una sorpresa... Sí; necesitamos ocultarnos, y cuando él esté aquí, nos mostreremos de pronto.

Y arrastró á sor Jacinta hacia el cuarto próximo.

Casi en seguida, entró el Sr. de Guersaint por la puerta del corredor que Pedro se había apresurado á abrir, y apretándole la mano.

—¡Heme aquí, por fin! Ejen. No habrá usted sabido qué pensar, amigo mío, desde ayer á las cuatro que debe usted esperarme. Pero no puede usted imaginarse las aventuras; primero una rueda de nuestro landeau que se rompió al llegar á Gararnie; después, ayer noche, cuando acabábamos de salir, un espantoso chaparrón que nos ha detenido toda la noche en San Salvador. No he cerrado los ojos.

Se interrumpió un instante y continuó:

—¿Y usted, está bien?

—No he podido dormir más—dijo el sacerdote;—tal ha sido el ruído que han hecho en este hotel.

Pero ya el Sr. de Guersaint repetía:

—No importa, esto es delicioso. No puede imaginarse: será necesario que cuente á usted... estaba con tres eclesiásticos encantadores. El abate Des Hermoises es seguramente el hombre más agradable que he conocido. ¡Oh, nos hemos reído mucho!

De nuevo se detuvo:

—¿Y mi hija?

Entonces, detrás de él oyó una risa cristalina. Se volvió y quedó admirado. María estaba allí, andaba, tenía un rostro de arrobadora alegría, de resplandeciente salud.

El Sr. de Guersaint no había dudado jamás del milagro; no estaba sorprendido, porque volvía con la convicción de que todo acabaría muy bien, que encontraría seguramente curada á su hija. Pero lo que le impresionaba vivamente, era este prodigioso espectáculo que no había previsto. ¡Su hija tan bella, tan divina, con su pequeño vestido negro; su hija, que ni aún llevaba sombrero, con un encaje sencillamente anudado sobre su admirable cabellera rubia; su hija viva, floreciente, triunfante parecida á todas las hijas de todos los padres que envidiaba hacía tantos años!

—¡Oh hija mía, hija mía!

Y como ella se lanzara á sus brazos, la apretó contra su pecho y cayeron juntos, de rodillas. Y todo pareció eclipsarse ante la luz que irradiaba de aquella efusión de fe y de amor.

Este hombre distraído, de cabeza de chorlito, que se dormía en vez de acompañar á su hija á la Gruta, que partía para Gavarnie el día que la Vírgen debía curarla, se desbordó en tales manifestaciones de amor paternal, en una creencia de cristiano tan exaltada por el reconocimiento, que por un momento llegó á estar sublime.

—¡Oh, Jesús; oh, María; yo os doy gracias por haberme devuelto á mi hija! ¡Oh, hija mia; jamás tendremos bastante aliento, alma bastante para dar gracias á María y á Jesús. por la gran dicha que nos otorgan!... ¡Mi hija, á la que han resucitado; mi hija, á la que han rehecho tan bella! Toma mi corazón para ofrecerle con el tuyo. ¡Soy tuyo, soy tuyo eternamente, hija querida, mi niña adorada! De rodillas, ante la ventana abierta, los dos, con los ojos levantados, miraban ardientemente al cielo,

La hija apoyó la cabeza en el ombro de su padre, mientras que él la tenía cogida por el talle. No eran más que uno sólo; lentas lágrimas corrían por sus rostros extasiados, sonrientes, con una felicidad sobrehumana, mientras que balbuceaban un conjunto de desordenadas palabras de gratitud.

—¡Gracias, Jesús! ¡Gracias, Santa Madre de Jesús!... Os amamos, os adoramos... Habeis rejuvenecido la mejor sangre de nuestras venas; es

vuestra, arde para vosotros.. ¡Oh, Madre Todopoderosa, Divino Hijo muy amado, es una hija, es un padre, quienes os bendicen, quienes se sienten anonadados de alegría á vuestros pies!

Este abrazo de dos seres, dichosos después de tantos días negros; este balbuceo de su dicha como heridos aun por el sufrimiento; toda esta escena era tan conmovedora que Pedro empezó á llorar nuevamente. Pero ahora eran dulces lágrimas que apaciguaban su corazón.

¡Ah, pobre humanidad! ¿Qué hermoso era verla un poco consolada y enajedada! ¡Qué importaba, si sus grandes felicidades de algunos minutos venían ó no de la eterna ilusión? La humanidad entera la humanidad piadosa, salvada por el amor, ¿no estaba representada en este pobre hombre-niño, apareciendo sublime, de repente, al encontrar á su hija resucitada?

De pie, un poco separada, sor Jacinta lloraba también, con el corazón preñado de una emoción humana que jamás había sentido, y la que no conoció otros parientes sino el buen Dios y la Santa Vírgen. Reinó el silencio en este cuarto palpitante de una tal fraternidad empapada en lágrimas. Y sor Jacinta fué la primera que habló, cuando el padre y la hija, desfallecidos por el mismo enternecimiento, se levantaron por fin.

—Ahora, señorita, es preciso darse prisa, despachar pronto para volver al Hospital.

Pero todos se opusieron á ello. El Sr. de Guersaint quería retener á su hija, y María demostraba en sus ardientes ojos, el deseo, el ansia de vivir, de andar, de correr el vasto mundo.

—¡Oh, no, no!—dijo el padre. No se la devuelvo á usted... Vamos á tomar un vaso de leche, porque me muero de hambre; después, saldremos, pasearemos, sí, sí, los dos juntos, cogida á mi brazo, como una mujercita.

—Pues bien; se la dejo á usted; diré á esas señoras que usted me la ha robado... Pero yo huyo. No pueden ustedes imaginarse el trabajo que tenemos en el Hospital si queremos estar prontos para la partida; todos nuestros enfermos, todo nuestro material; en fin, un verdadero barullo.

—Luego, ¿hoy es martes?—preguntó el señor de Guersaint, que caía de nuevo en sus distracciones.—¿Partimos esta tarde?

—Ciertamente, no lo olvide usted... El tren blanco parte á las tres y cuarenta. Y si usted es razonable, llevará á la señorita á buena hora para que descanse un poco.

María acompañó á la hermana hasta la puerta.

—Esté Ud. tranquila, que seré muy prudente.

Después quiero volver á la Gruta para dar nuevas gracias á la Santa Vírgen.

Cuando se encontraron los tres solo en el pequeño cuarto bañado por el sol, fué aquello un delicioso espectáculo. Pedro llamó á la criada

para que les trajese leche, chocolate, pasteles, todas las cosas buenas imaginables. Y aunque María había comido ya, volvió á comer de nuevo; de tal modo devoraba desde la víspera.

Arrastraron el velador delante de la ventana, y tuvieron allí un festín al aire libre y vivo de las montañas, mientras que las cien campanas de Lourdes, echadas al vuelo, resonaban la gloria de esta radiosa jornada.

Hablaban muy alto, se reían. María contó á su padre el milagro con detalles cien veces repetidos; cómo dejó su carrito en la Basílica, y cómo acababa de dormir doce horas sin mover ni un dedo.

Después, el señor de Guersaint quiso contar también su excursión, pero se embrollaba y lo mezclaba con el milagro. En suma, ese circo de Gavarnie tenía algo de colosal. Solamente, de lejos, se perdía el sentimiento de sus proporciones, parecía pequeño. Los tres gigantescos escalones, cubiertos de nieve, la artista superior que dibujaba sobre el cielo el perfil de una fortaleza ciclópea; el castillo cerrado, los lienzos cortados, la gran cascada, cuya caída sin fin parecía tan lenta, cuando en realidad debía caer con la violencia del trueno, toda esa inmensidad, esas selvas á derecha é izquierda, esos torrentes, esos desplomes de montañas, parecían caber en el hueco de la mano, cuando se los miraba desde el mercado de la aldea. Y lo que más le llamaba la atención, de lo que hablaba sin cesar, eran las extrañas figuras que dibujaba la nieve, estando allá arriba entre las rocas, y particularmente un inmenso crucifijo, una cruz blanca de muchos millares de metros, que parecía arrojada á través del circo, de un extremo á otro. De pronto se interrumpió para decir:

—A propósito; ¿qué pasa en el cuarto de nuestros vecinos?

Ahora mismo, al subir, encontré al señor Vignerón que corría como un loco; y por la puerta entreabierta de su cuarto me pareció ver á la señora Vignerón muy encarnada... ¿Es que ha tenido una nueva crisis su hijo Gustavo?

Pedro habíase olvidado de la señora Cnaise, de la muerta que dormía allí, de otro lado del tabique. Le pareció sentir un pequeño soplo frío.

—No, no; el niño está bien...

Y no continuó; prefirió callarse. ¿A qué santo amargar esta hora tan feliz, de resurrección, de juventud reconquistada, mezclando en ella la imagen de la muerte? Pero, desde esto momento, no dejó de pensar en esa vecindad del no ser, y pensaba también en el otro cuarto, donde el señor solo ahogaba sus sollozos, con los lábios colocados sobre un par de guantes que había quitado á su amiga.

Todo el hotel volvía otra vez á sus toses, sus suspiros, sus voces indistintas, el contínuo golpear de las puertas, los cuartos crugiendo bajo el hacinamiento de los viajeros, los corredores barridos por el vuelo de las faldas, por el galope de las familias que se azoraban ahora en la celeridad de la marcha.

—¡Palabra! te va á sentar mal—exclamó el señor de Guersaint riendo cuando vió que su hija tomaba otro bollo.

María se rió también.

Después, con súbitas lágrimas en los ojos:

—¡Ah, qué contenta estoy, y al mismo tiempo cuánta pena siento al pensar que no todo el mundo está tan contento como yo!

II.

Eran las ocho, y María no podía contenerse de impaciencia en el cuarto, asomándose incesantemente á la ventana, como si con el aliento quisiese beber todo el libre espacio, todo el vasto cielo. ¡Ah, correr por las calles, por las plazas, ir por todas partes, más allá aún, más lejos de donde la llevaba su deseo, y mostrar que ella también estaba fuerte; tener la vanidad de andar leguas enteras ante el mundo, ahora que la Santa Vírgen la había curado! Era un ímpetu, un impulso de todo su ser, de su sangre, de su corazón; irresistible.

Pero en el momento de partir, decidió que su primera visita con su padre, debía ser para la Gruta, donde los dos tenían que dar gracias á Nuestra Señora de Lourdes. Y en seguida, estarían libres; tenían dos largas horas por delante para pasear por donde quisieran, antes de que ella regresase para almorzar y hacer su pequeño paquete en el hospital.

—Veamos; ¿estamos ya? ¿Partimos?—exclamó el Sr. de Guersaint.

Pedro tomó su sombrero, y los tres descendieron hablando muy alto y riendo por la escalera, con una alegría de colegiales que entran en vacaciones. Ganaban ya la calle cuando bajo el soportal se precipitó la señora Majestad, que debía estar acechando su salida.

—¡Ah, señorita; ah, señores, permítanme que les felicite! Hemos sabido la extraordinaria gracia que les ha sido concedida á ustedes, y nos sentimos muy dichosos y muy honrados cuando la Santa Vírgen quiere distinguir á alguno de nuestros clientes.

Su rostro seco y duro se fundía de amabilidad; miraba á María con ojos que acariciaban.

Después, llamó vivamente á su marido que pasaba.

—Mira, amigo mío: es esta señorita.

El mondado rostro de Majestad, untado de manteca amarilla, adquirió una expresión de alegría y de reconocimiento.

—Es verdad, señorita, que puedo expresar á usted cuán honrados hemos sido. Jamás olvidaremos que su señor padre de usted estuvo en nuestra casa.

Esto ha hecho ya muchos envidiosos.

Y la señora Majestad, durante este tiempo, detenia á los demás viajeros que salían, llamaba con gestos á las familias instaladas ya en el comedor, y hubiera hecho entrar á la calle entera, si se la hubiese dejado ocasión para mostrar que tenía allí en su casa el milagro de que estaba maravillado todo Lourdes desde la víspera. La gente acababa por